

**VOY A LA LUZ,
AL AMOR, A LA VIDA...**
(Los últimos días de Elisabeth)



editorial de espiritualidad

Irene Guerrero

IRENE GUERRERO

**«VOY A LA LUZ,
AL AMOR, A LA VIDA...»
(Los últimos días de Elisabeth)**



EDITORIAL DE ESPIRITUALIDAD

Triana, 9 - 28016 MADRID

www.editorialdeespiritualidad.com

editorial@editorialdeespiritualidad.com

PRESENTACIÓN

Tarde o temprano todos acabamos atravesando ese túnel profundo que está en el interior de nosotros mismos. Es ahí donde nos encontramos con nuestras propias sombras que hasta entonces fueron más o menos ignoradas; ahí donde se descubren las verdaderas raíces de nuestras conductas y donde, sin poderla eludir, se establece la batalla despiadada de nuestros altos ideales enfrentados con la concreta realidad de nuestros límites.

La historia que nos ha tocado vivir, las influencias que hemos ido recibiendo a lo largo de ella, todo eso que en buena parte ha ido determinando nuestra posición en la vida, forma un marco imponente que rodea el espejo que nos hemos de encontrar en dicho túnel, un espejo que nos irá devolviendo una imagen cada vez más nítida de nosotros mismos a medida que vamos progresando en nuestro descenso hasta llegar a esa zona en la que se nos revela nuestro yo más íntimo y más auténtico después del despojo de todo ese ropaje ampuloso con el que nos hemos ido tapando y que evidencia en este punto nuestra desnudez.

Aventurarse en este laberinto subterráneo sin la ayuda de un guía puede ser algo tan temerario como entrar en una trampa sin salida. Elisabeth Catez, joven francesa de finales del XIX, cuyo idealismo un tanto exagerado le impide abismarse en lo más profundo, subir a lo más elevado, permanecer en lo más luminoso; viéndose además rodeada de un marco de romanticismo, conscientemente reflejado en estas páginas, y que para nada juega a su favor; de una hipersensibilidad que le hace pasar malos tragos; de un jansenismo latente del que difícilmente puede escapar, atraviesa victoriosa ese túnel en el que de pronto

se ve metida, gracias a la palabra incisiva y siempre convincente de Pablo de Tarso, guía discreto, que hizo posible en ella el necesario equilibrio que da lugar a la experiencia de un Dios que la envuelve, la habita y la conduce por fin, más allá del horizonte, *a la luz, al amor, a la vida.*

Irene Guerrero Pérez-Acedo, ocd.
Toro, 25 de enero de 2009

Primera Parte

«Así, pues, acaso por vez primera en mi vida, tomé una lámpara y abandonando la zona, en apariencia clara, de mis ocupaciones y de mis relaciones cotidianas, bajé a lo más íntimo de mí mismo, al abismo profundo de donde percibo, confusamente, que emana mi poder de acción. A cada peldaño que descendía, se descubría en mí otro personaje, al que no podía denominar exactamente, y que ya no me obedecía.»

TEILHARD DE CHARDIN
(El Medio divino)

I

No podía explicarse cómo había llegado hasta allí. Era un sitio oscuro y húmedo en el que solamente podía distinguir con algo de esfuerzo una escalera que descendía adosada al muro y sin sujeción por el otro lado. Por un momento pensó que la echarían de menos, que tenía que volver a la cama, que era un disparate seguir en aquel lugar; se dio la vuelta, pero no veía nada; intentó tantear con sus manos, pero no encontraba ninguna puerta. La única salida que tenía era bajar por aquella escalera que le daba miedo; estaba claro que no le quedaba otra solución. Se armó de valor y empezó a bajar muy despacio por miedo a caerse; apoyaba su mano en la pared y deslizaba con cuidado un pie hasta percibir el borde del escalón para bajarlo al siguiente, y luego bajaba el otro pie hasta juntar los dos; se paraba y respiraba hondo, todo esto sin mirar al otro lado. No va a pasar nada -se dijo para sí misma. Siguió bajando poco a poco, y parándose en cada uno de los escalones para cobrar aliento. Un peldaño pisado era una victoria conseguida.

Llegó un momento en que sus ojos se habituaron a la oscuridad y ya podía distinguir mejor por dónde pisaba. Esto le dio confianza y consiguió reunir más ánimos para seguir bajando y llegar al final de aquella escalera húmeda y estrecha, que no tenía ni idea a dónde la llevaría, pero se tranquilizó pensando que al menos pisaría suelo firme. No sabía cuántos escalones había bajado ya, fueran los que fuesen le estaban pareciendo demasiados. Por fin hubo un momento en el que, al deslizar el pie para encontrar el borde del siguiente, se dio cuenta de que éste seguía avanzando sin encontrar el vacío, parecía que por fin estaba abajo del todo. Comenzó a andar con más seguridad y a observar qué era aquello; sólo podía ver sombras, manchas

oscuras que colgaban de las paredes, del techo; se le cruzó por la mente que lo menos que le podía suceder es que apareciera algún murciélago, algo que la espantaba. Seguramente, pensó, que aquello era un sótano donde se guardaban cosas en desuso que ya no servían para nada. De pronto le pareció ver algo que brillaba en medio de aquellas sombras, fijó su mirada por unos instantes y aquel brillo se convirtió en una tenue luz que la llenó de esperanza. Sin pensarlo dos veces orientó sus pasos hacia ella, aunque con mucha cautela, no fuera a tropezar con algo.

Después de unos cuantos pasos comenzó a tener la sensación de que a medida que avanzaba, la luz que veía a lo lejos también se iba acercando a ella. ¿Era verdad o solamente una impresión? Lo confirmó efectivamente cuando se paró en seco y empezó a oír pasos que no eran los suyos y entonces pudo comprobar cómo aquella luz se acercaba lentamente hacia donde ella se encontraba. Le empezó a latir el corazón con fuerza, a unos pocos metros de distancia pudo distinguir a alguien que caminaba a su encuentro con una lámpara en la mano, ¿vendrían a buscarla? ¿Se habrían dado cuenta de que estaba perdida? Cuando lo tuvo más cerca observó que era un hombre más bien bajo, delgaducho y calvo, de mediana edad; si no tenía la barba blanca del todo la poblaban ya muchas canas; era un rostro que, estaba segura, no lo había visto nunca y sin embargo le resultaba enormemente familiar. Pero lo más extraño de todo es que no le inspiraba temor ninguno; sus ojos le parecieron muy oscuros y chispeantes, con un brillo que llamaba la atención; su cara era radiante aun en medio de aquella penumbra y tenía una sonrisa abierta, acogedora, como si se alegrara de verla y encontrarla allí.

Ella seguía inmóvil, perpleja. Parecía como si le hubieran pegado sus largos pies al suelo. No comprendía nada. ¿Qué hacía en aquel lugar con un desconocido?, empezó a preguntarse. Aquello era lo más insólito que le había sucedido nunca. Sin embargo se sorprendió a ella misma con sentimientos encontrados, hasta el punto de que no sabía bien si era la sorpresa la que acabaría por triunfar, dejándola allí pegada para siempre, como en pasmo, o esa curiosidad incitante que se asomaba para ver en qué acabaría toda aquella historia. Lo cierto es que no le daba miedo estar allí con aquel hombre, su intuición le decía que nada

malo le iba a pasar, pero a pesar de todo seguía allí clavada, sin conseguir reaccionar. Su razón le empezó a golpear insistentemente provocándole a que se moviera, a que hablara, a que preguntara quién era y qué significaba todo aquello y dónde estaba metida y por qué había dicho que la estaba esperando, ¿o no se lo había dicho? Pero todas las preguntas quedaron frenadas en sus labios cerrados cuando él le dio la espalda mientras le decía:

–Vamos, sígueme. No pensarás quedarte ahí para siempre, ¿verdad?

Fue consciente una vez más en su vida de hacer uso de su voluntad de hierro y su cabeza ordenó inmediatamente a sus pies que se despegaran de allí y comenzaran a andar.

Iba siguiéndole unos pasos más atrás por aquel pasadizo por el que se habían metido, aunque aquello se podría decir que era más bien un túnel todo de piedra; el suelo, las paredes y el techo abovedado habían sido construidos con sillares. A simple vista calculó que tendría de ancho unos seis pasos. No había nada, ni adornos ni muebles, tan sólo ellos dos y sus sombras prolongadas en la pared y el techo, deformadas por el efecto de la luz de la lámpara. Al igual que la vista acaba acostumbrándose a la oscuridad notó que su ánimo, después de andar unos pocos metros, se iba haciendo a aquella situación tan extraña y confiaba encontrar pronto la salida gracias a la ayuda de aquel hombre que había venido a su encuentro, y aunque éste no se mostraba muy elocuente, sus pasos firmes y seguros eran capaces de confortarla. Pensó que le tendría que agradecer el haber venido en su auxilio, pero en el momento en el que ya estaba decidida a hacerlo él se volvió y le dijo:

–Ten cuidado, aquí baja un escalón.

–Gracias -musitó ella.

Y siguieron en silencio hasta que por fin ella misma se sorprendió al oír su propia voz preguntando:

–¿Llegaremos pronto?

No obtuvo una respuesta inmediata sino después de varios segundos en los que empezó a dudar si habría hecho bien en

hacer la pregunta, aunque lo que él le dio no fue precisamente ninguna respuesta:

—¿Qué es pronto?

Ella iba a hablar, pero una vez más se quedó cortada. La verdad es que no sabía qué responder. Habría esperado un sí o un no, pero no tal pregunta. En aquel lugar todo era extraño. Siguieron en silencio, sospechando ella que a aquel hombre no le gustaba mucho la conversación. Tal vez sería mejor no preguntar nada.

—Aquí no hay tiempo —dijo él entonces.

Le había oído bien, pero era de esas veces que uno prefiere convencerse a sí mismo de que no se ha oído y su razón apartó a un lado esas palabras. Aquello ya estaba resultando demasiado misterioso, tal vez por eso decidió seguir hablando, por el simple hecho de comprobar que lo que sucedía estaba dentro de la realidad.

—Es que estoy preocupada —se atrevió a decir con algo de esfuerzo.

—¿Preocupada? ¿Por qué? —le preguntó con extrañeza.

El tono de su voz le hizo sentir de pronto como si no hubiera motivo alguno en el mundo para preocuparse por nada, como si todo funcionara tan perfectamente que no hubiera lugar para ningún problema, pues todo estaba en su sitio. Se sintió un poco ridícula, pero después de unos momentos de silencio pudo encontrar una razón por la que le parecía lógico preocuparse.

—Me habrán echado de menos y estarán buscándome —contestó al fin, insegura de su argumento.

—Ah... es eso. No has de estar preocupada —dijo él con aplastante aplomo.

Al mismo tiempo que la tranquilizaba le desconcertaba aquella seguridad de su acompañante. Ahora que había confesado en alto su preocupación fue más consciente de que era eso lo que más sentía, más que otra cosa, pero no sabía si podía apoyarse del todo en las palabras de aquel hombre para quedarse tranquila.

Elisabeth Catez (Isabel de la Trinidad) nace el 18 de julio de 1880 en el campamento militar d'Avor (Farges-en-Septaine). Huérfana de padre a los siete años, su vida transcurrirá tranquila junto a su madre y su única hermana en Dijon. Largas horas al piano, numerosos viajes y vida de sociedad le ocuparán la mayor parte de su tiempo. A los veintiún años, y con una fuerte oposición materna, entra en el Carmelo de su misma ciudad donde pasará los últimos cinco años de su existencia.

Poco antes de morir despierta cierto día de un sueño del que sólo logra recordar un palacio cuya puerta es una mujer de enormes dimensiones. Ficción y realidad se van entrelazando para crear el símbolo que nos permite asomarnos al paisaje interior de esta carmelita. Su personal 'viaje interior', presentado en esta obra en forma de espiritualidad narrativa, nos permite también adentrarnos en la historia personal de cada uno de nosotros, vista ahora desde dentro, desde lo que Dios va haciendo en cada uno.

Pablo de Tarso aparece siempre como ese guía discreto que hizo posible en ella el necesario equilibrio que da lugar a la experiencia de un Dios que la envuelve, la habita y la conduce por fin, más allá del horizonte, a la luz, al amor, a la vida.

ISBN: 978-84-70683-47-3



9 788470 683473



Editorial de Espiritualidad